

Ciudades saludables

FERNANDO CHUECA GOITIA*

Empiezo por considerar si ciudad y saludable no empiezan por ser conceptos antitéticos y al hablar de ciudad no entramos en agrupaciones humanas que de suyo no son saludables. Siempre en este aspecto se ha opuesto la ciudad al campo, la ciudad como ente malsano y el campo como lugar benéfico y saludable.

Quizá quien mejor expresa esta dualidad sea Fray Luis de León en su elogio de la Vida Retirada que empieza de este modo:

“¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!”
Fray Luis define la ciudad como el mundanal ruido, para luego proseguir en aquello de

* Arquitecto. De la Real Academia de Bellas Artes.

“¡Oh campo, oh monte, oh río!
oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío
a vuestro almo reposo,
huyo de aqueste mar tempestuoso”.

Mundanal ruido, mar tempestuoso son las definiciones que el poeta asigna a la ciudad, frente al campo, deleitoso y sereno.

Y Gaspar Melchor de Jovellanos en su *Epístola de Fabio a Anfriso*, describiendo la soledad de El Paular, dice cosas como éstas: “¡Oh, monte impenetrable! ¡Oh, bosque umbrío! ¡Oh, valle deleitoso! ¡Oh, solitaria, taciturna mansión! Oh, quién, del alto y proceloso mar del mundo huyendo a vuestra santa calma, aquí seguro, vivir pudiera siempre, y escondido!”.

Y miles de cosas como éstas podríamos encontrar en la literatura española y no española en desprecio de corte y alabanza de aldea. Corte en un tiempo se asimilaba a ciudad cuanto más populosa mejor, y aldea rayaba con el campo.

Existe también una identificación entre ciudad y mundo. La ciudad es mundanal ruido. Huir del proceloso mar del mundo es huir de la ciudad. La ciudad es el mundo donde tienen lugar las pasiones, los vicios, las luchas humanas más duras y crueles. Por eso la identificación de ciudad con mundo no es caprichosa, sino evidente.

La ciudad es, por así decirlo, el compendio del mundo porque es el órgano principal y básico de la Sociedad o de la sociabilidad. Como ha dicho Julián Marías, una sociedad es sociedad y sobre todo es *una* gracias a las ciudades.

En otra parte escribí: “Las ciudades, pues, como tales, en plenitud de sus atributos, son insustituibles en nuestra sociedad. Puede vivirse fuera de ellas, pero siempre contando con ellas, con un apoyo y especial referencia en ellas. Incluso al hombre de la aldea más remota, y sin que se dé clara cuenta de ello, puede llegar el consuelo de que existen Roma, París, Pekín o Filadelfia y que en ellas se guarda un sagrado depósito de la humanidad. Porque la ciudad es una aglomeración humana fundada en un solar convertido en patria y cuyas estructuras internas y externas se constituyen y desarrollan por obra de la historia, para satisfacer y expresar las aspiraciones de la vida colectiva, no sólo la que en ellas transcurre, sino la de la humanidad en general”.

Sí, la ciudad es en un grado superlativo el mundo con sus virtudes, con sus vicios, con sus aglomeraciones, con sus conflictos, que hace que por sí misma la ciudad sea conflictiva y cuando la ciudad sea más grande, lo será más y cuando más encarne y residan en ella los instrumentos del poder todavía peor, más conflictos caerán sobre ella.

Por lo tanto la ciudad será más saludable en proporción inversa al número de habitantes. Lo que nos llevará a decir que es más saludable la apacible ciudad provinciana que la metrópoli capitalina, sobre

todo para la paz del espíritu. Y, si descendemos en la escala, todavía más saludable la aldea, que se acerca mucho al campo soñado por los poetas para descansada vida.

Para Ortega y Gasset “La ciudad es un ensayo que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos, tomando de él porciones selectas y acotadas”. Basa Ortega su definición en una diferenciación radical entre ciudad y naturaleza, considerando aquella, la ciudad, como una creación abstracta y artificial del hombre. Esto es sólo una parte de la verdad, o por lo menos es una verdad más aplicable a un tipo de ciudades y menos aplicable a otras.

Para Ortega la ciudad por excelencia es la ciudad clásica, la ciudad mediterránea, que define de esta manera: “La urbe es, ante todo, esto: plazuela, ágora, lugar para la conversación, la disputa, la elocuencia, la política. En rigor, la urbe clásica no debía tener casas, sino sólo fachadas, que son necesarias para cerrar una plaza, escena artificial que el animal político acota sobre el espacio agrícola”.

Esto nos conduce a otro tema, que indirectamente puede afectarnos a nosotros, la posible división de ciudades entre ciudades civiles y ciudades domésticas. La ciudad orteguiana sería la ciudad civil, y la ciudad doméstica aquella en la que sobre la plaza predomina la casa, el hogar doméstico de la familia. La ciudad civil es la ciudad clásica, latina, mediterránea, y la ciudad doméstica la ciudad nórdica de los países del frío, porque la ciudad también está condicionada por el clima. Y con esto entraríamos en otro capítulo: ¿Las ciudades de clima benigno son más saludables que las de clima áspero y extremado? Posiblemente sin duda alguna. La ciudad es más saludable cuando el hombre puede gozar más del aire libre, saliendo de sus casas y no sólo con ánimo civil de buscar a otros hombres para discutir con ellos, sino para pasear, solo o con amigos, gozar de la vecindad del mar rugiente, en ciudades costeras, de las apacibles márgenes de los ríos, de los jardines próximos o lejanos, y de aquellas cosas del campo circundante que hayan quedado apresadas en la estructura artificial de la ciudad con sus casas, calles, avenidas, etc.

Porque, rectificando en parte a Ortega, la ciudad no secesiona del todo el espacio agrícola para vivir fuera y frente al cosmos. Porque en ese intento de secesión ha quedado inserta en la ciudad artificial una parte más o menos importante de los accidentes de la naturaleza donde la ciudad se ha fundado.

Las ciudades, por el hecho de su invariable emplazamiento, de su fuerte ligamen a la tierra, están en la imposibilidad de intercambiarse, de perder su individualidad, y aunque una ciudad desapareciera por completo, arrasada hasta no quedar ni la ceniza de sus hogares, la que se construyera en el propio lugar tendría siempre que ver con ella. Pero esto no excluye nuestra tesis, ya que al decir que la ciudad, en cuanto tal, tiene personalidad y se mantiene a través de la historia, no hacemos distinguos sobre la naturaleza de las causas de dicha mismidad, conviniendo en que una de ellas — aunque no la única— es, evidentemente, su emplazamiento físico, su ligamen a la tierra. Tampoco es extraño a la persona humana y a su consistencia individual su ser biológico.

El hecho de que una ciudad hunda sus raíces en la tierra madre y se implante en ella de una determinada manera, diferencia y diferenciará siempre a la ciudad de la máquina, del instrumento, e impedirá que pueda producirse en serie. De querer, puede fabricarse la casa en serie, la casa

prefabricada, pero cuando muchas de estas casas tengan que implantarse en el suelo, formando un conjunto, será obligado hacerlo de una manera única, intransferible.

Nunca he creído que una ciudad digna de este nombre sea algo total y absolutamente opuesto al campo, en abierta hostilidad al medio natural. Muchos, sin embargo, han considerado que es así y han definido la ciudad en forma negativa, como lo que no es campo, lo cual me parece erróneo, primero porque tal definición, falta de notas positivas, es notoriamente incompleta, y, segundo, porque la ciudad es a su modo también campo, aunque sea campo conformado, campo hecho patria. Ortega parece recaer en la postura negativista cuando dice: “La ciudad es un ensayo de secesión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos, tomando de él sólo porciones selectas y acotadas”. Sin embargo, en la definición orteguiana existe una contradicción latente. El hombre pretende vivir fuera y frente al cosmos, es decir, acusa Ortega el carácter de la ciudad como opuesto al campo. Pero —he aquí la contradicción— lo que hace para conseguirlo es retirar, secesionar porciones selectas de ese cosmos en el que al final sigue viviendo. Nosotros diríamos, salvando la contradicción, que el hombre separa y conforma esas porciones para vivir, no frente al cosmos, sino en una nueva relación con él, en relación de patria.

En efecto, las ciudades han acotado significativos trozos de este planeta, pero en ellos la naturaleza conformada y potenciada ha seguido existiendo como basamento físico y espiritual de la obra humana. En esos espacios acotados han quedado, por ejemplo, los ríos, deidades míticas y venas vitales, y aunque hayan sido, en su curso por la ciudad, canalizados o constreñidos a otras exigencias urbanas, no por eso el Sena, el Arno o el Danubio dejan de ser lo que son. La ciudad se implanta, pues, en el cosmos, no se impone.

Con esto llegamos a lo que diría al final de mi discurso: una ciudad es más saludable cuanto más conserve en su emplazamiento elementos naturales integrados en el área urbana. Costas, bahías, ensenadas, playas en ciudades costeras; ríos, montículos, bosques en ciudades del interior. Roma con sus siete colinas nos da el ejemplo. Es decir cuanto más la ciudad se acerque al campo más saludable será. Santander y San Sebastián, con sus bahías y sus playas, son dos ejemplos donde la brisa corre salutífera, desde el mar a la montaña y tierra adentro, Granada con la Sierra Nevada al fondo, con la colina roja de la Alhambra dialogando con el Albaicín, y la Vega más lejos; no se sabe dónde acaba la ciudad y empieza la naturaleza; es otro buen ejemplo.

Parece, en último término, que la salud y la belleza van juntas en la ciudad. Cuanto ésta menos reniega de la naturaleza resulta más bella. Me parece que no ando del todo equivocado, pero reconozco que podríamos decir muchas más cosas que hacen insalubre a la ciudad: el ruido, la polución, la industria pesada, el tráfico exagerado, y la ausencia de zonas libres, de parques y jardines y de tantas cosas más. Pero dejémoslo para otro lugar.